

Germán Uribe

LOS DESERTORES

ICONO •

*Marchaban sin saber siquiera a quién seguían,
ni a quién precedían, ni a dónde iban, ni de dónde venían.
Como los puntos de una línea sin fin, como los números que
se engendran a sí mismos infinita e inútilmente, como el
tiempo si el tiempo no tuviera testigos, como voltea el espacio
sobre sí mismo en la ignorancia de lo que contiene.
¡Era pavorosa su marcha de la nada a la nada!*

—JORGE ZALAMEA

I

EN ESTE PRECISO INSTANTE están ahí los elementos requeridos para el inicio de la ceremonia que dará curso a lo que al final, aunque a su debido tiempo, tendrá que desembocar en una inaudita y dramática deserción. Y ahí está también, por supuesto, en el centro y con el cetro, Genaro Cañón Cuartas, el Comandante. Se pueden ver su protagonismo de campanillas, sus maneras de oficiante, su compulsión contagiosa y su irremediable aspecto sacrosanto. Y se pueden advertir también sus decisiones *iluminadas* y sus palabras suntuosas en medio de las cuales navegarán lo de su comandancia sin tregua ni tacha y lo de su jefatura única e indiscutible del Frente Popular Revolucionario.

Ahí está todo aquello cubierto por el viento helado de la noche.

Ahí está el comienzo de un fin esperando con expectación por el forzoso juicio de la historia.

La rubicunda Juanita, obsequiosa, con su ternura indefensa y su inocencia feliz, se desplaza encorvada por el aposento. Sus ojitos risueños, sus cachetes erguidos, sus manitas redondas y sus tobillos delgados de porcelana exquisita. Las tazas humeantes de café acaban de aparecer. Es una escena en la que uno a uno, en silencio, bajo la intimidad complaciente de la penumbra y el frío, lo van sorbiendo. El Comandante, ahora con los párpados hacia bien abajo, por poco cerrados para poder leer mejor, comienza por recitar en voz alta el texto que tiene entre sus manos. Pero se deja llevar, sin embargo, y sin poder disimularlo, por el torrente de un mar de recuerdos, el más próximo de ellos, el del viejo Nicanor Parada y su hijo vergüenza, el célebre Tartamudo. Son sus vecinos de allí, patronos y padrinos de todo un pueblo. Son el odioso ejemplo del desgraciado contubernio del poder con la brutalidad. Son la pareja paradigma de lo que no debería ser, ni pensarse, ni ocurrir nunca jamás. Un par de *joyitas* que encarnan con lujo de detalles la tiranía, el atropello, los abusos, el despotismo, la iniquidad, la barbarie, la expoliación, el chantaje, la extorsión, el asalto a mansalva, la intimidación y el miedo. Gamonal y politicastro el viejo, y buscarruidos el joven, también en este mismo instante deben velar ambos por que el sueño no los venza impidiéndoles de pronto el ejercicio de su pasatiempo favorito: ver la manera de acabar de una vez por todas con el vagabundo revolucionario que ahora, entre la tempestad de sus recuerdos y mientras pasa revista a su existencia, comienza a leer el texto.

Seguir los pasos... dice para sí desde el fondo de un suspiro entrecortado el Comandante, como tomando un punto de referencia en el cual enlazar la evocación de esas zonas sombrías de su infancia, su desencanto precoz, el

recuerdo de su padre que ahora de repente lo visita en la trastienda de su memoria y tantos otros episodios relevantes que no habrán de olvidársele. Pero al mismo tiempo evidencia, sin dejarse distraer, la tremenda tozudez revolucionaria de sus hombres aquí en la habitación, inquebrantables, apercebidos, solícitos y decididos. Ah, y el pesado despliegue de las horas sobre esta fría noche.

... mi padre, a pesar de todo, no escondía su interés por la cultura. Parece que leía con determinada frecuencia aunque tengo que confesar que debió hacerlo a hurtadillas, pues no conservo en la memoria, por más que la escarbe, el recuerdo de haberlo visto a plena luz del día, inclinado sobre las páginas de un libro... piensa el Comandante mientras entorna una mirada disuelta sobre las desteñidas letras del papel rugoso que hasta hace algunos momentos se empeñaba en leer y que ahora solo le sirve de pretexto para intentar descifrar, encubriéndose en él, sus nostalgias familiares. Siente un raro deleite viendo rebotar sobre su alma el eco de sus viejos pasos perdidos, queriendo él también ser el cronista de su vida y el analista de un destino que ahora lo pone a la cabeza de unos combatientes mudos que se empeñan en sorber hasta el último cuncho oscuro y espeso del fondo de su taza de café.

... es cierto, continúa meditando, se podía pasar toda una noche recogido en la media luz de su cuarto leyendo y releyendo, investigando y estudiando hasta cuando le llegaba el implacable aguacero de agravios de mi madre, protestando porque no la dejaba dormir esa maldita luz sobre la mesa de noche. Entonces, indiferente a la hora, se metía el diario, el libro o la publicación cualquiera debajo de la ruana y emprendía camino en dirección al negocio de Tobías Reinoso, el obligado contertulio en sus frecuentes desapariciones.

Y a mi tía Dolores —continúa sin pestañear el Comandante Cañón, plantando desarreglos y rumiando nostalgias—, cómo la tengo de presente. Quién podría olvidar a aquella frágil mujer con nombre de pena, su rostro surcado por los sigilos vencidos y su voluntad del dulce far niente quebrantada por el quehacer diario, con su textura vidriosa, su sutil acento extranjero, su piel trigueña y sus ojos miel bien despiertos debajo de unas largas pestañas, a toda hora encogida de hombros y con las manos en las caderas y las piernas abiertas. Guardaba en su cómoda, qué decir guardaba, guarecía dentro de un cajón secreto cuya llave portaba siempre entre los escombros de sus senos caídos, las más disparatadas chucherías. Cuántas veces de niño quise adentrarme en ese universo supersticioso, apollado y hermético, y escudriñar el arcano de sus cachivaches gastados hasta llegar, si hubiera tenido la suerte, al misterioso cofrecillo que muchos años después vine a saber que conservaba en el fondo de una caja de zapatos, envuelto en un chal español, cofrecillo aquel que solo le servía de urna candorosa para la protección de determinados daguerrotipos, ovalados los unos, rectangulares los otros, ya patinados por el tiempo, un estropeado ejemplar de Reader's Digest y un misal y una camándula que le obsequiara el abuelo Pablo con la perentoria advertencia de que debía cuidarlos con esmerada atención y profunda fe, puesto que estaban bendecidos por la gracia divina. Elevada recomendación solo porque el venerable abuelo, en tiempos remotos y ya casi olvidados, tuvo la oportunidad de viajar a Roma y ver, según él —aunque por entonces ya algo ciego—, cómo, pese a estar por fuera de la inmensa plaza atiborrada de peregrinos, su Santidad el Papa desde aquella alta y celestial terraza, les dirigía al persignador, a su misal y a su camán-

dula, una santa, reveladora y personalizada mirada, al tiempo que los bendecía clamando:

—In nómine patris et filli et Spiritus Sancti...

Desde entonces, y a partir de aquella anécdota de mi abuelo Pablo, en mi familia se vivió bajo el más recio y obcecado régimen papal. En adelante, la voz del pueblo no era la voz de Dios. Desde aquel apostólico y evangelizador regreso de mi abuelo de la muy católica Roma, la única voz de Dios sobre la tierra sería la voz del Papa, por intermedio de la de aquel santificado Pablo.

En el recinto, las múltiples voces refundidas solo alcanzan la dimensión del susurro y el humo de los cigarrillos se campea airoso tras porfiada refriega con el viento húmedo de la noche. Afuera, aparte del bullicio de los pájaros y de la ventisca silbante, el silencio es total, muy decoroso. Los combatientes se pasan entre ellos ojeadas aturcidas e intensas, mientras se presume que conjeturan sobre lo que le puede estar ocurriendo al Comandante, en estos momentos como tan despistado, tan ensimismado y tan raro. Porque, verlo así, ¿como en trance...?

A los ojos de los demás, parece que nada puede atenuarle su enfrascamiento.

Y aquella inolvidable pelea de mis padres —continúa cavilando mientras solo exterioriza un leve despeje de su garganta y una fugaz mirada de desilusión— exaltados, virulentos, sin permitirse concesiones, plegados a la más absoluta porfía, no indicando con ello otra cosa que la efervescencia de absurdas expresiones de arrogancia y capricho. Pero es que aquella precisa contienda, aquel zafarrancho en particular, fue de tal magnitud que llegué a pensar que a partir de ese momento pasaría a hacer más voluminosas con mi caso las estadísticas de los huérfanos víctimas de las masacres entre

progenitores. Aquel pugilato bochornoso, aquella escaramuza verecunda, tuve que cargarla como un estigma por el resto de mi vida y terminó por abrirle una brecha infranqueable a mi respeto por los valores familiares y su falso moralismo. Me hizo iniciarme en el credo de que más que favores, lo que ofrecía el sagrado concepto de familia eran terrores. Terrores terrenales provenientes de buenas intenciones, pero, al fin y al cabo, intenciones meramente subjetivas. Aunque tengo claro que por aquellos mismos días en que me distanciaba de los afectos hogareños se me abrieron oportunidades excepcionales de índole social. Pensaba que podía emprender una nueva etapa en mi existencia que marcaría hacia el futuro mi vocación política y revolucionaria. Descubrí que la geografía de mi patria no estaba conformada, como siempre lo había creído, tan solo por dos partidos que, cuando no se alternaban su dominio, lo compartían para su propio beneficio. Entendí que los liberales y los conservadores, consuetudinarios dueños del Estado y su poder político, habían generado con las injusticias de sus respectivos mandatos varias respuestas sociales y populares que buscaban, aunque con aires de ensañador romanticismo, salidas políticas e ideológicas en otro tipo de expresiones o en nuevos y frescos movimientos de rebeldía ciudadana. Y vine a iniciarme en todo esto el día en que avisté a mi padre dando grandes zancadas por el viejo corredor de la casa, gritando:

—¡Iskra! ¡Iskra! ¡Iskra!

Y entonces mi madre reparó el escándalo, primero expectante, luego preguntó qué ocurría, qué eran esos gritos, qué acontecía, qué era esa guachafita, y, al encontrarse con una nueva encogida de hombros y sin respuesta alguna, amenazó a mi padre con su consabido simulacro de vértigo. Que caería al suelo de inmediato, dijo, y se quedaría allí

mientras no obtuviera respuesta, a lo que mi padre, consumido por la fiebre que produce toda revelación, le soltó sin restricciones el cuento: que por un folleto que le había facilitado un visitador médico amigo suyo, de aspecto chiflado y franca facha de socialista jubilado, se enteró sobre un periódico que editaba en la Unión Soviética a comienzos de siglo un tal Lenin, y que dicho periódico se llamaba Iskra, pero que cuando indagó sobre el significado cristiano de la palabreja, allí se decía que quería decir nada menos que chispa, ¡Chispa!, algo así como liberación. Mi madre, entonces, con la vista quebrada, debió advertir que tenían que ser cosas de comunistas y demonios. Al instante comenzaron los mutuos insultos, las reprimendas al destajo y el verdadero destape de tantas cosas que siempre se me habían ocultado. Mi padre se volcó sobre una confusa y desordenada reminiscencia de sus rancias debilidades políticas. Mi madre le decía que ella nunca había querido aceptar-le esas carajadas de la política porque le distraían de sus obligaciones de esposo y padre, y menos venir a aceptarle que las mencionara delante del niño, puesto que podrían agriarle su espíritu, convertirlo en un hijo calavera, infestarlo con malas mañas o desviarlo del camino de su fe cristiana, católica, apostólica y sobre todo romana. Y yo ahí... Y su cantaleta que no paraba. Ahora comprendo, sí, le decía ella, la razón de tus constantes escapadas que solo yo sé que son a la pocilga del anarquista Tobías Reinoso, pero, sobre todo, imagino las terribles consecuencias que tu ejemplo va a traer sobre mi muchacho. A lo que mi padre, ni poco modesto ni demasiado encrestado, pero eso sí más atento de lo que yo podría estarlo por descifrar aquel enredo, respondía continuando con su alborotada pero didáctica confesión de antiguos aunque represados impulsos politiqueros.

Mientras tanto, mi presencia testimoniaba el hecho, cruel y traumático para mí, de la desintegración de su matrimonio. Sabía ya, de manera cierta, que después de aquello no había forma de componer nada. Y todo ello, el acabose de un matrimonio, por razones políticas. En últimas, ¡qué privilegio el mío...!

Entonces, por qué no, luces y sombras de una infancia traumática.

Por un momento fuera de su pasado, el Comandante Genaro Cañón Cuartas —o Roberto Bustamante Cuervo, título civil legal este que mantuvo hasta su ingreso en la guerrilla, y con el que se paseó campante hasta que le sacó la mano a la legalidad y se lanzó a los brazos de lo clandestino—, con uno que otro mechón de su cabello castaño anclado en su frente, desliza el rabillo del ojo hasta encajarlo sobre un punto neutro de la habitación y regresa enseguida al manojito de páginas que aún mantiene firme entre sus manos y, como susurrándose a sí mismo, desprevénido, va soplándose para sus adentros, entre un desbroce feroz de nostalgias, un último recuerdo recogido de la turbulenta mazmorra de su memoria.

Adivinando el justificado desconcierto de sus compañeros por sus continuos silencios reflexivos durante el discurso revolucionario que había preparado para levantarles el ánimo, se mete con premura inevitable en el repaso de los últimos días de su pobre viejo, cuando ya este había ingresado en la edad del deterioro, y al final de su vida disipada y crapulosa entre lupanares y cantinas de mala muerte, con un cigarrillo estampillado a toda hora entre sus labios apretados y un rictus de muerte despachado a quienes quisieran vérselo y, por añadidura, obligándolo a expedirle el certificado de su derrota con su constante

presencia fotográfica que no dejaría pasar, sin historia ni memoria, su enorme frustración de hombre que, habiéndolo querido ser, no lo había podido.

II

EL COMANDANTE, EN TANTO que se frota la nariz y actúa un leve acceso de tos a manera de anuncio de su regreso a las páginas del discurso, observa la brusca entrada al salón de Pedro Líster. En medio de la sorpresa general, a la gente parece asombrarle más, no obstante, la repentina despabilada del Comandante que el abrupto ingreso del guerrillero. Con todo, se queda de nuevo en un terreno intermedio entre su propia interiorización y el mundo circundante, limitado y estrecho al cual va dirigida su arenga. El recién llegado, desencajado, tira al piso de hule, sobre la desgastada estera amarillenta, su fusil, su mochila y una bolsa plástica cargada de frascos y latas en conserva, y se queda estacionado, muy cerca aún de la puerta, con los codos pegados al cuerpo y sus manos resignadas muy quietas sobre sus rodillas, como esperando el momento para reconvenirlos, habida cuenta del factor sorpresa de su irrupción, o como resuelto a ser increpado por su torpe e inesperada aparición de ave de mal agüero. Venía de efectuar una rutinaria labor de inteligencia en el pueblo vecino, un pueblo sabido por todo el mundo como propiedad del viejo Nicanor Parada, en donde, aparte de otras desgracias, también cabalgaban las criminales veleidades del célebre sargento Severiano Chautá, su cómplice.

Pero es la evidencia del miedo en el semblante de Pedro Líster lo que pone en guardia al Comandante, quien,

dejando de nuevo a un lado las páginas del discurso, le dice sin parpadear y con inusual paciencia:

—¿Qué ocurre, hombre?

Pedro Líster, no obstante el sosegado timbre de voz de su Comandante, se mantiene encallado en el silencio, reticente, y con la vista clavada sobre sus uñas mugrientas. Se sacude con el otro el barro de uno de sus tenis —había quedado por fuera del último reparto de botas— y se levanta ligeramente la cachucha camuflada que le hace sombra a su rostro descompuesto.

—¡Carajo! ¿No me oyes? —insiste el Comandante mientras barre el aire con sus manos abiertas, abandonando la paciencia y afanado por el sudor de la intriga.

—Ya voy —musita él.

—¿Ya voy? ¡No! —grita el Comandante, irritado, haciendo chasquear los dedos frente a su cara y pasándole revista a su lustrosa pistola Luger que adorna desafiante su cintura.

Pero el silencio es tozudo. Y sordo.

—¡Desembucha!

Para el Comandante, ducho en retiradas forzosas y en estampidas urgentes, es claro que la actitud de Pedro Líster esconde algo grave, y por ello no se opone a que algunos de sus compañeros se deslicen hasta donde está el guerrillero escuálido y carguen su cuerpo dejándole sus posaderas bien afirmadas sobre la mesa. Pero el ingenuo del *Negro* Albarracín, para rematar la diligente acción de sus compañeros, en un confuso gesto de comprensión hacia el desdichado, le obsequia con un cigarrillo prendido que deja colgado a sus labios.

—Tranquilo, hermano, tranquilo —le dice de pronto el Comandante a Pedro Líster con aire de indiferencia

pero sin dejar de ejercer su autoritarismo. Trata de recuperar el dominio de la situación, de recobrar para él y para sus intereses inmediatos al pobre desgraciado. Se le acerca y le pasa la pesada palma de su mano por la cabeza hasta bordearle su nuca espesa. Hace un ademán de acomodarle la cachucha y luego, con el dedo índice, le apunta hacia su mentón.

—Veamos, compañero...

Pedro Líster reacciona bien, apacible, sin alterarse, como lo había calculado su Comandante, y tras levantar la mirada y depositársela en sus mismísimos ojos, le dice, todavía elusivo:

—Mi Comandante, la vaina está jodida.

—¿Cuál vaina?, decinos de una buena vez —le indaga de nuevo el Comandante, ahora cruzando los brazos y estirando su cuerpo hacia arriba, como queriendo erigirse de golpe en un monumental bronce muy a lo Lenin, aliguito a lo Kim Il Sung y definitivamente a lo Mao, pero algo caricaturesco, desapacible e incongruente por esa mueca de escozor que asoma de sus labios y que no logra controlar como quisiera.

Nada ni nadie podría distraerse en medio de todo aquello, de todo lo que, si bien es cierto que apenas comenzaba, ya para algunos presagiaba tormenta. Bonito sería que ocurriera lo contrario. Que aquella aparición tan atropellada de Pedro Líster fuera a desembocar en cosa de poca monta. No. Todo esto tenía que tener una causa definida, fuera la que fuera, una explicación con su consecuente desarrollo y unas derivaciones que, aunque imprevisas, no por ello dejaban de causar interés.

El *Negro* Albarracín, volviendo a la carga de las buenas maneras y sus sorprendentes efectos, le sopla al oído,

con todo y su acre tufillo de empedernido bebedor de café, algún vago consejo, cualquier bondadosa sugerencia, una breve exhortación piadosa, tal vez, y se retira al rompe no sin antes haber dudado si sugerirle al pobre Pedro Líster que por pura estrategia se avivara, y quizás como buen augurio, se despegara esas malditas lagañas que como un par de moscas muertas cuelgan de las asustadas cuencas de sus ojos vidriosos. Pero, qué, sin saberse qué fue lo que le dijo. Y quizás sin poder saberse nunca...

—Creo que no vamos a tener tiempo y en verdad pienso que es un poco tarde —se atreve a decir en tono de advertencia Pedro Líster mientras, cabizbajo, sella sus párpados y esconde su mirada desolada y su ánimo desmantelado.

Ipsa facto, la alarma cunde. La expectativa crece. Cada cual elabora en su imaginación su propia idea, su propia sospecha, su propia versión, su propio cuento de miedo, incluso alguna afanada estrategia. El Comandante retoma sus aires de jefe supremo para distraer a los demás no dejándose notar su natural preocupación y en un renovado intento por transmitir confianza y serenidad, por dejar entrever que sin importar lo que hubiese pasado nada desbordaría su control imperial, le clava de nuevo a Pedro Líster su vista recia y lo conmina a continuar.

El enigmático Pedro Líster, todavía contraído, como péndulo en un vacío invisible, y con los párpados sellados y los ojos tristes por una incierta amargura, regresa su mirada al Comandante y sigue:

—En el broche que da comienzo al atajo de El Tanganazo, ahí muy cerquita de Las trinitarias me encontré al *Carniseco* Renán Ramos sentado en un tronco y con las manos en la cabeza. Estaba a punto de sufrir un colapso

nervioso... —Suspira—. Tenía todo el cuerpo cubierto por el barro y la hediondez. Al apreciarlo bien, percibí su rostro enlagrimado. Berreaba. Entonces, le dije: macho, hombre, qué ocurre. Pero él solo atinó a chillar que estaba mamado, que se largaba, que no soportaba un minuto más, que pese a que él venía sufriendo desde hacía no sé cuánto tiempo la endemoniada diarrea, nadie le prestaba la menor atención ni le prodigaba el menor cuidado médico, y que cuando se volvía cansón de tanto quejarse, por toda respuesta obtenía el vaya por leña, guardia nocturna, limpie el fusil. Que venía meditándolo a fondo y que había llegado a la conclusión de que bajo ninguna circunstancia seguía en esto; que se iba para donde el sargento, el hijueputa ese, ¿no?, porque ya el viejo Nicanor lo tenía *palabriado*, no a él sino al sargento Chautá, y que el sargento siempre era convincente con lo de la legalidad, lo del armisticio y lo del indulto...

Con el asentimiento de todos, el Comandante sacude a Pedro Líster y le exige ser explícito y conciso. Lo agarra de las solapas de su empapada chaqueta de faena y le grita:

—¿Te refieres a Polidoro Navarrete?

—Sí, señor, al compañero Renán Ramos, el *Carni-seco*, al mismísimo Polidoro Navarrete.

—Entonces, apúrate, marica.

—Ya voy, un momentico, señor, permítame aunque sea un aire —responde ofuscado mientras, impotente, siente que sobre su frente fluye el tibio sudor de la preocupación contenida.

Y luego de tomar un respiro precario aprovechando una suave brisa que acaba de colarse por alguna rendija, se desparrama:

—Y si quiere, mi Comandante, que se lo cuente rápido, pues bien, ahí vamos: que lo que quiere el hombre es un trabajo estable que le permita vivir sin miedos ni dificultades y con comodidad, desde luego; que entre nosotros no se siente adentro, que se siente más bien como un desarraigado inútil o como un idiota útil sin arraigo alguno; que dizque siempre ha querido y creído en la revolución, pero que una revolución como esta, plagada de sifilíticos mentales, no nos conduciría a ningún Pereira y que aunque él no nos delataría por su propia voluntad, no respondía en caso de tortura. Eso dijo. Y que, además, no confiaba mucho en el compromiso de don Nicanor Parada de no dejarlo magullar por el monstruo del Chautá. Pero que qué le iba a hacer. Y, para terminar, me completó con esto: *lo que pasa, compañero, es que yo nací para ejecutivo y no para comemierda.*

—¿Cuánto hace de eso? —le insiste sobresaltado el Comandante sin despintarle un áspero repaso de rencor que el pobre Pedro Líster no se merecía.

—Eso fue hacia las siete y pico —balbucea.

De entre el grupo de sus muchachos, el Comandante Cañón alcanza a escuchar con toda claridad una voz definida y metálica, aunque impersonal, que, rompiendo el formalismo y seduciendo con su timbre, dice con inocultable desazón:

—Entonces ya es tarde...

—Me importa un pito —replica el Comandante quien, luego de treparse de un salto sobre la mesa en la que se encuentra absorto pero sobrecogido Pedro Líster, levanta ambas manos y se dirige a su gente acentuando las palabras, haciendo más audible y perentoria la siguiente de cada una de ellas, como forjándolas en acero:

—Entiendo la obcecación del compañero allá, su falta de sosiego. Cómo no lo voy a entender, carajo. Yo mismo, y ustedes lo saben muy bien, soy en extremo cuidadoso en el manejo del tiempo y de las oportunidades. Cada uno de ustedes es testigo de ello. Nos hemos caracterizado por ser acertados en este tipo de retiradas apremiantes y es gracias a ellas que, en cierta forma, hemos tenido alguna celebridad entre el ejército. Pero sépanlo de una vez por todas, si es que salimos bien librados de esta: de aquí no nos vamos sin haber capturado antes al malparido del *Carniseco*. De ninguna manera. Vamos a tomar posiciones de combate y a resistir si es necesario, pero en todo caso espero que no sea antes de que le echemos mano. No lo podemos dejar reunirse con el viejo Nicanor Parada o con el sargento Chautá. Hay que cazarlo antes de que nos delate, hay que trincarlo antes de que nos *sapié*, hay que detenerlo antes de que le suministre a ese par de infelices información vital para nuestra seguridad, qué digo yo, no para nuestra seguridad, para nuestra supervivencia. No vamos a someternos a ser unos sobrevivientes del miedo por cuenta del pelotudo *Carniseco*. Pero quiero que entiendan esta decisión, porque según deduzco de algunos pocos movimientos por ahí, hay a quienes les parece descabellada. Si permito un acto de felonía como este, no solo se nos va a bajar la moral, sino que en parecidas situaciones venideras no vamos a tener cómo recuperarnos y avanzar. Con estos actos, con estos lamentables ejemplos, con estas canalladas y sinvergüencerías, arriesgamos el prestigio que ya nos ganamos. Compañeros: acaban de ponernos en el mayor peligro. La orden es, pues, capturar al desertor, someterlo a juicio sumario y ajusticiarlo en el acto.